

por la enfermedad del pecado, relajada en todos sus miembros, que en su corrupcion no pueden sostenerla, ni le permiten dar un paso hácia el bien (1). Ni puede ni sabe. Quiso la ciencia del bien y del mal para gobernarse por sus propias luces, y desgraciadamente aprendió el mal que ignoraba, y la luz fatídica de esta ciencia oscureció en el alma la luz brillante de la ciencia del bien. Su razon extraviada se pregunta á sí misma cuál es lo verdadero y cuál lo falso, y no sabe qué responderse. Todo le engaña. Mirad ese sér decaído, dice Lamennais. Un ardor sombrío le agita: en el fondo de su alma siente un pesar inmenso: ha perdido algun gran bien; tiene una idea confusa de ello; y héle aquí que con obstinado trabajo revuelve las ruinas de su inteligencia y de su corazon, espera descubrir entre esos escombros la ciencia que le prometió el espíritu de la mentira, y no halla más que la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que le consumen, imágen engañadora del bien, y la terrible realidad del mal! (2)

La naturaleza y las facultades del hombre fueron alteradas y corrompidas en su cabeza, dice Platon (3), y el alma, añade Filolao, está sepultada en el cuerpo como en una tumba, en castigo de alguna maldad (4). El hombre, por el pecado de origen, es el Prometeo de la fábula, que quiso arrebatarse su secreto á la divinidad, y en castigo de su soberbia fué amarrado á un peñasco para que en sus entrañas se cebe incesantemente el buitro

(1) *Jacentes in sæculo, et peccatorum morbis dissolutæ spiritualiter gentes æstimandæ sunt, omnibus undique membris fluidis, et ad consistendi officium, gradiendique corruptis, quarum salutis sacramentum in puero Centurionis expletur. (S. Hilar. in Matth., c. VIII.)*

(2) *Lamennais, Ensayo sobre la indiferencia.*

(3) *Platon, in Timæo.*

(4) *Clemens Alexand., Strom., lib. 3.*

del mal (1). Es el esclavo del Centurion, que yace parálítico y cruelmente atormentado.

Este es el castigo de su sensualidad. Ambicionó el goce prohibido, se ha dejado vencer de los sentidos y del incentivo del placer tentador, y de allí salen los trabajos, los dolores, las enfermedades, las angustias, la agonía y la muerte; y esta muerte, á que llega por un camino de dolor, será para su alma eterna como su delito, como la justicia de Dios que le castiga.

Tal es el hombre caído de su grandeza por el pecado. Sin embargo, no lo ha perdido todo. Además de la razon, que aunque oscurecida y débil, permanece en él; además de la libertad, que no ha perdido, conservó otro gran bien: la esperanza fundada en el designio eterno del Criador y en sus palabras de misericordia. En el día mismo del pecado le anuncia Dios un libertador, que será su Verbo hecho hombre; su Verbo, que al contemplar la miseria de la humanidad en su caída, exclama con amor: yo iré y le curaré (2); yo iré y restauraré todas las cosas en el cielo y en la tierra (3).

Esta promesa, Señores, no solo tiende á la rehabilitacion del hombre caído, sino tambien á la realizacion de un designio eterno de bondad y de amor sobre toda la creacion, por medio del hombre. Recordad que en la creacion del hombre procedió Dios de una manera especial: le crió, dice Tertuliano, no con el tono imperioso de un Señor, sino con el tierno y afectuoso de un amigo, para hacer de él una imágen y semejanza suya (4).

(1) *Esquiles, Prometeo encadenado.*

(2) *Matth. VIII, 7.*

(3) *Ephes. I, 10.*

(4) *Non imperiali verbo, sed familiari manu, etiam verbo blandiente præmisso: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. (Tertul., advers. Marcion, lib. 2, c. 4.)*

¿Por qué tanta distincion y tanto amor de parte de Dios? Este es el misterio, cuyo velo principi6 á levantar San Pablo, diciendo que en la creacion de Adan tuvo Dios presente al segundo Adan, á Jesucristo, de quien quiso que aquel fuese la figura (1). Por cuyas palabras aparece claramente, dice Tertuliano (2), que Dios procedió á manera de un estatuario que teniendo en su mente la idea perfecta de la estatua que quiere formar, diseña sobre el papel, y modela luego en barro la imágen de su hermosa concepcion. Es decir, que criando al hombre diseña Dios á Jesucristo, en quien, reunidas la naturaleza divina con sus infinitas perfecciones, y la naturaleza humana, en quien se juntan el espíritu y la materia con las condiciones y la vida de todos los seres criados, todo en Cristo y por Cristo se elevase á un órden divino, todo se uniese á Dios, y viviese en cierto modo de la vida de Dios, como dice el Damasceno (3). Hé aquí por qué dice San Pablo, que Jesucristo es la imágen perfecta de Dios invisible y el primogénito de todas las criaturas, que es antes que todas ellas, en quien todo subsiste y se conserva (4), y en quien, segun su designio eterno, quiso Dios reunir, recapitular y perfeccionar todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (5).

El hombre en su creacion fué destinado á esta grandeza sublime de la union con Dios, de quien es la imá-

(1) Rom. V, 14.

(2) Adeo magna res agebatur, qua ista materia extruebatur.... Recogita totum illi Deum occupatum, ac deditum, manu, sensu, opera, consilio, sapientia, providentia, et ipsa in primis affectione quæ lineamenta ductabat. Quodcumque enim limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus. (*Tertul.*, de resurrect. carn., c. 6.)

(3) Deus hominem assumpsit, ut in eo totum mundum sibi uniret, et quasi vivificaret. Homo est enim microcosmos, totius mundi summa et compendium. (*S. Joann. Damasc.*)

(4) Coloss. I, 15.

(5) Ephes. I, 10. (*Versio græca et arabica.*)

gen, y por ello, antes de su pecado, le reveló el Criador el misterio inefable de la Encarnacion del Verbo, ordenado á la consumacion de su gloria (1). Pero despues que ha pecado y ha oscurecido los rasgos de la divina semejanza, ¿le declarará Dios indigno de la elevacion á que le destinara? Ah, no: Dios pasará adelante en sus designios. A pesar de la malicia diabólica, que trató de privar al hombre del honor que Dios le tenia reservado, á pesar del obstáculo que el mismo hombre en su prevaricacion opuso al plan divino, Dios pasará adelante, y si antes se proponia manifestar las magnificencias de su bondad inefable, ahora añadirá á esta manifestacion la de su infinita misericordia sobre el hombre (2). Este ha pecado por la impaciencia de llegar cuanto antes y por sí mismo al término de su grandeza, elevándose á un órden divino, dice Tertuliano (3), y Dios, añade el mismo, no le maldice como al demonio, sino que preparándole una restauracion admirable para levantarle de nuevo, le infunde la esperanza de llegar á pesar de todo á la union con Dios que le estaba reservada (4). Por eso cuando Adan se esconde entre los árboles del paraíso, avergonzado de sí mismo, y no atreviéndose á sostener la mira-

(1) Ante peccatum, Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (*D. Thom.* in cap. 5 ad Ephes.)

(2) Exinanitio illa, qua se invisibilis visibilem præbuit, inclinatio fuit miserationis. (*S. Leo.*, serm. 3 in Nat. Dom.) Prudentissimus, et clementissimus artifex, quod cassatum fuerat non confregit, sed utilius omnino refecit. (*S. Bern.* in sign. magn.)

(3) Perit (Adam) per impatientiam suam, etc. (*Tertul.*, de patientia, cap. 5)

(4) Nam etsi Adam propter statum legis deditus morti est, sed spes ei salva facta est, dicente Domino: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (*Id. advers. Marcion.*, lib. 2, c. 25.)

da de Dios, este le llama bondadoso, como ignorando dónde se halla, para darle lugar á que reconozca su pecado, y de este modo se disponga por su parte á ser levantado de su abatimiento (1).

¡Qué bondad la de Dios, hermanos míos! Cantad al Señor con Isaías porque ha obrado magníficamente anunciándole en toda la tierra (2). ¡Gran Dios! ¿quién es el hombre para que así le engrandezcas y pongas cerca del suyo tu corazón (3). ¡Cuán cierto es que vuestras delicias son estar con los hijos de los hombres? (4) ¿Quereis hacerle grande y elevarle á la union con Vos, y él os ofende; quiere no deberos nada y ascender á vuestro nivel por sí mismo, se corrompe y se degrada al separarse de Vos haciéndose esclavo del pecado; y Vos, lejos de arrojarle al abismo para siempre y sin remedio como al ángel rebelde, le prometeis el perdón, quereis que viva en la esperanza, y le anunciáis que bajareis Vos mismo hasta aparecer vestido de esclavo como él, para que de este modo vuelva á levantarse, á unirse á Vos, y á ser participante de vuestra misma naturaleza (5). Grande sois, Señor, inmenso vuestro poder, infinita vuestra sabiduría (6), y sobre todo cuanto concebirse pueda vuestro inefable amor. ¿Quién podrá rendiros homenaje de gratitud, y de alabanza, y de amor que sea digno de Vos?

Admiremos, Señores, la bondad y misericordia de Dios en esa promesa tantas veces repetida hasta el día feliz en que tuvo su cumplimiento, al paso mismo que

(1) Genes. III, 8, 9.

(2) Isai. XII, 5.

(3) Job. VII, 17.

(4) Prov. VIII, 31.

(5) Isai. XXXV, 4.—2 Petri, I, 4.

(6) Psalm. CXLVI, 5.

compadezcamos la desgracia del hombre en su degradación; pero saquemos de aquí lecciones importantes para nosotros. Somos los hijos y herederos del primer hombre. Como él, aun despues de su caída, somos llamados por Dios á un fin sublime, á una gloria imperecedera. Esa gloria no se nos dará sino como un premio, y el premio exige mérito, y el mérito está en la virtud, y la virtud pide de nosotros que nos sujetemos á una prueba como Adán. El valor de un sér solo se conoce cuando se le prueba. Por eso, como Adán, somos libres: ante nosotros está el bien y el mal, la vida y la muerte; uno y otro nos atraen: la elección depende de nosotros (1). Por eso, como á Adán, se nos señala un límite en nuestra ciencia, en nuestro poder y en nuestros goces, para que nos reconozcamos súbditos de Dios. Por eso se nos exige un sacrificio de nosotros mismos en aras del deber, propio de un sér que depende de otro.

Ahora bien: ese deber, ó mejor aún, el conjunto de nuestros deberes, se reduce á lo que pidió el Señor al primer hombre en el precepto de no comer del árbol vedado: un tributo de fe, de esperanza y de caridad, dice el Abad Ruperto. De caridad, de amor á un Dios á quien debe el hombre tantos beneficios, y de quien es tan amado. De esperanza, porque habiéndonos colmado gratuitamente de tantos dones, nos da motivo fundado de esperar mayores bienes en premio de la observancia de sus preceptos; es decir, de ser elevados á la sociedad de los ángeles y á la posesion de un paraíso eterno. Tributo de fe, en fin, creyendo que no por envidia, ni por oprimir al hombre, le somete á la prueba y pone límites á sus facultades, como insidiosamente quiso la serpiente hacer creer á nuestros primeros padres, sino para liber-

(1) Eccli. XV, 18.

tarnos del error y de la tiranía de las pasiones con sus fatales consecuencias, que hemos visto en la caída de aquellos (1).

Sometámonos á esa prueba, dando el triunfo á las tres virtudes que forman nuestras relaciones con Dios. A la fe, cautivando nuestro entendimiento en obsequio de Cristo (2), sin tratar de pedir cuenta á Dios, como la serpiente y el primer hombre, de la razón de sus revelaciones y de sus preceptos (3), reconociendo que somos finitos, y por lo mismo incapaces de la ciencia del infinito, ante quien debe humillarse la razón humana. A la esperanza, luchando con esfuerzo para elevarnos al heroísmo de la virtud, condición precisa para la recompensa, permaneciendo firmes en la fe que nos da la esperanza de llegar á la gloria de hijos de Dios (4), y glorificándonos en el sacrificio y en la tribulación, porque la tribulación obra paciencia, la paciencia prueba y purifica, la purificación alimenta la esperanza, y la esperanza no queda confundida (5), porque va seguida de inmenso peso de gloria (6). Al amor, en fin, amando á Dios, que nos ha amado primero á nosotros (7), y amándole no de lengua y de palabra, sino de obra y de verdad (8), haciendo su voluntad en todo, porque el amor

(1) Ex omni ligno paradisi comede, etc. Tres ab homine virtutes exigens, id est charitatem, spem, et fidem: quas nunc reciproco ordine, a nobis exigit eadem Trinitas, unus Deus, fidem, spem, charitatem. Non in eo quod hominem gratis fecit.... plane debitorem magnæ charitatis eundem sibi efficit hominem, et valide suis beneficiis obligavit, etc. (*Rupert. Abb. in Gen., lib. 2, c. 31.*)

(2) Corinth. X, 5.

(3) Gen. III, 1.

(4) Rom. V, 1, 2.—Hebr. X, 22.

(5) Rom. V, 3.

(6) II Corinth. IV, 16.

(7) I Joann. IV, 19.

(8) Id. id. III, 18.

es lazo que une las voluntades y conduce al sacrificio de todo en obsequio del amado, y para obtener la recompensa del amor.

Este es nuestro deber: cumplámoslo, y en nosotros se realizarán los designios de Dios. Cristo vendrá á nuestros corazones, y curará nuestras dolencias morales, nos regenerará, nos levantará hasta él, y nos dará parte en su gloria. Esto quiere hacer, y esto hace, por medio de la Religión, de que os hablaré mañana, por medio de su sacrificio, de su doctrina, de su gracia y de sus sacramentos, como vereis en los discursos de los días siguientes. Querámoslo también nosotros: sin nuestro concurso no lo hará, dice San Agustín (1); pero con él realizará su grande obra, y seremos levantados á la posesión eterna de su gloria.

(1) Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te. (S. August., Serm. 15 de Verb. Apost.)